

Pankaj Mishra

De las ruinas de los imperios

La rebelión contra Occidente
y la metamorfosis de Asia



Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

© Nina Subin

Pankaj Mishra (Jhansi, Uttar Pradesh, India, 1969) es ensayista y novelista. Se graduó en la Universidad de Allahabad y, más adelante, se doctoró en Literatura Inglesa por la Universidad Jawaharlal Nehru de Nueva Delhi. En 1992 se marchó a vivir a Mashobra, un pueblo del Himalaya, donde empezó a colaborar en revistas como *The Indian Review of Books* o *The India Magazine*, y en el diario *The Pioneer*. Su primer libro *Butter Chicken en Ludhiana; Viaje por la India provinciana* (Ediciones Barataria, 2002) se definía como un *travelogue* que describía los cambios sociales y culturales de su país. Su primera novela, *Los románticos* (Anagrama, 2000), lo dio a conocer en todo el mundo. El libro *Para no sufrir más: el Buda en el mundo* (Anagrama, 2007) mezcla memoria, historia y filosofía, en un ensayo que trata de analizar la importancia de Buda en el mundo contemporáneo. Una extensa bibliografía de reportajes, ensayos y libros de viajes le han hecho convertirse en uno de los máximos expertos de las nuevas realidades de los países asiáticos.

En la segunda mitad del siglo XIX, las potencias occidentales dominaban el mundo a su antojo, mientras las distintas culturas asiáticas vivían su sometimiento al hombre blanco como una catástrofe. Eran muchas las humillaciones que occidente les había infringido, e innumerables los corazones y las mentes que habían soportado con resentimiento la autoridad de los europeos sobre sus países.

Hoy en día, ciento cincuenta años después, las sociedades asiáticas parecen muy dinámicas y seguras de sí mismas. Eso no era lo que pensaban quienes durante el siglo XIX las condenaban como Estados «enfermos» y «moribundos».

¿Cómo fue posible esa larga metamorfosis de la Asia moderna? ¿Quiénes fueron sus principales pensadores y actores? ¿Cómo imaginaron el mundo en que vivimos y en que vivirán las generaciones futuras? Este libro pretende responder a estas preguntas y ofrecer una amplia visión de cómo algunas de las personas más inteligentes y sensibles de Oriente reaccionaron a los abusos (tanto físicos como intelectuales y económicos) de Occidente en sus sociedades. Y de por qué caminos sus ideas y sensibilidades se han extendido y evolucionado en el tiempo hasta engendrar el Asia que hoy conocemos y sus protagonistas, desde el Partido Comunista Chino, el nacionalismo indio, o los Hermanos Musulmanes y Al Qaeda hasta el dinamismo tecnológico y económico de Turquía, Corea o Japón.

Un libro fascinante que expone ante el lector occidental los últimos dos siglos de la historia intelectual de quienes fueron los pueblos sojuzgados del mundo y están llamadas a ser hoy las naciones más poderosas de la tierra.

Serie Actualidad

Dirigida por Josep Ramoneda

Se puede optar por un pensamiento crítico que tomará la forma de una ontología de nosotros mismos, de una ontología de la actualidad.

MICHEL FOUCAULT

PANKAJ MISHRA

De las ruinas de los imperios

La rebelión contra Occidente
y la metamorfosis de Asia

Prólogo de
Josep Ramoneda

Traducción de
Alejandro Pradera

V Premio Internacional de Ensayo Josep Palau i Fabre

Galaxia Gutenberg

Para las dos Ms

La historia de China no ha mostrado desarrollo alguno, de modo que nosotros ya no podemos ocuparnos de ella por más tiempo. [...] China e India están, por así decirlo, fuera del curso de la historia mundial.

G. W. F. HEGEL, 1820

A los europeos les gustaría huir de su historia, una «gran» historia escrita con letras de sangre. Pero otros, por cientos de millones, están fijándose en ella por primera vez, o están volviendo a hacerlo.

RAYMOND ARON, 1969

Nota sobre los nombres y los topónimos

Un libro como éste, que abarca un periodo y un espacio tan amplios, plantea innumerables dilemas acerca de los nombres de las personas y los topónimos –cuestiones que, de hecho, son de una naturaleza profundamente política, como descubre en seguida quienquiera que utilice el antiguo topónimo colonial de Bombay, en vez de Mumbai, para designar la ciudad portuaria construida por los británicos–. Latinizar los nombres islámicos requiere tomar una difícil decisión, por lo menos entre las tres principales tradiciones demóticas: la árabe, la turca y la persa. Al final, decidí utilizar los nombres que a mi juicio iban a resultar más familiares a los lectores que leen mayoritariamente en inglés. Por consiguiente, opté por Sun Yat-sen, utilizando el antiguo sistema Wade-Giles para latinizar los nombres chinos, en vez de la versión pinyin, Sun Yixian. Eso sigue dejando cierto margen para el debate sobre si Zhou Enlai, que es el nombre que yo utilizo, es más conocido que Chou En-lai. Y utilizo indistintamente Beijing y Pekín. Descubrí que en esas cuestiones resulta difícil ser consistente. Espero que los lectores tengan a bien disculpar mis decisiones más excéntricas.

Prólogo de Josep Ramoneda

Asia moderna: historia de una metamorfosis

Oriente sigue siendo un mundo desconocido para los occidentales. Por mucho que en los últimos tiempos se haya insistido en que el eje económico del mundo se ha desplazado hacia el Pacífico y que Europa está perdiendo peso, poder e influencia en beneficio del mundo asiático, entre Oriente y Occidente sigue habiendo barreras mentales y culturales significativas. Como cuenta Pankaj Mishra, en la década de 1920, Zhang Junmai, anfitrión de Tagore en China, sintetizaba los principios diferenciales entre su mundo y el nuestro con estas categorías: quietismo frente al activismo occidental, satisfacción espiritual frente al ansia de ventajas materiales; una economía de agricultura autosuficiente frente al mercantilismo en busca del beneficio; y una sensación de fraternidad moral frente a la segregación racial. Todo esto es historia y Asia ha adoptado buena parte del arsenal económico, político y cultural europeo. Pero los trazos del pasado siempre vuelven de algún modo y, si queremos conocer, ayudan a orientarnos. El mundo asiático es muy complejo, con tres tradiciones capitales, la confuciana, la hindú y la islámica, que definen paradigmas mentales tan alejados de los referentes culturales de Occidente que a veces forman parte de lo impensable. Y, sin embargo, el mundo contemporáneo en muy buena parte se ha moldeado a partir de los conflictos entre Occidente y Oriente. Si durante el siglo xx la atención se centraba en la guerra en-

tre Occidente y el comunismo, ahora se ha impuesto la idea, como escribe Mishra, de que «el acontecimiento central del siglo pasado fue el despertar intelectual y político de Asia». De los fundamentos intelectuales y espirituales de este retorno trata este libro.

Si durante el siglo XIX los pueblos asiáticos vivieron la experiencia del sometimiento a Occidente, en el siglo XX se tomó conciencia de que el hombre blanco dejaba de ser invencible y se ponía en marcha la revancha de Oriente, algo, en palabras de Mishra, «siniestramente ambiguo» cuyos éxitos han acabado en «victorias auténticamente pírricas». Mishra sitúa en la batalla naval de Tsushima (mayo de 1905), en la que una pequeña flota japonesa derrotó a la Armada rusa, el punto de inflexión. La victoria de Japón impulsó la idea de que el sometimiento a las potencias occidentales no era una fatalidad insuperable, sino que se les podía plantar cara y aspirar a cambiar las relaciones de fuerzas. Y así lo entendieron personajes determinantes en el destino de estos pueblos como Gandhi, Atatürk, Nehru o Sun Yat-sen. La libertad nacional, la dignidad racial o la simple venganza, nos explica Mishra, calaron en la cultura de aquellos países y fueron tejiendo lo que es el Oriente contemporáneo, en procesos de tensión dialéctica y de idas y venidas entre modernidad y tradición. Porque si en 1879 Al-Afghani interpelaba a los hijos de Oriente diciendo: «¿acaso no sabéis que el poder de los occidentales y su dominio sobre vosotros son fruto de sus avances en el conocimiento y la educación, y de vuestro declive en esos ámbitos?», apelando de este modo a aprender de los colonizadores, y si más tarde algunos movimientos quisieron hacer tabula rasa del pasado para combatir a Occidente, como hizo el maoísmo relegando el confucianismo, el fracaso de algunos proyectos laicos y nacionalistas tuvo que ver con el impulso de los partidarios de la recuperación de los fundamentos de la propia tradición y, en especial, del islamismo.

A partir del antes y del después que marca este momento simbólico de cesura que es la batalla de Tsushima, Pankaj Mishra construye un extraordinario ejercicio de arqueología del saber oriental moderno, hurgando en las formas de renovación y evolución del pensamiento de los dos últimos siglos. Un libro de una enorme utilidad para entender cómo de unos imperios otomanos y chinos que parecían «enfermos y moribundos» en el siglo XIX hemos pasado a unas sociedades que en Occidente generan a la vez miedo y admiración por su dinamismo y su capacidad de servidumbre y sumisión. Mishra estructura su relato a través de dos figuras intelectuales, pensadores de referencia «en la larga metamorfosis de la Asia moderna»: Jamal al-Din al-Afghani (1838-1897), musulmán, periodista, activista político, viajero impenitente, y Liang Qichao (1873-1929), quizás el más importante intelectual chino. En torno a estos dos protagonistas, en un ejercicio literario de narración ensayística, entran y salen otros destacados pensadores de la modernidad asiática, en especial el chino Sun Yat-sen, el indio Rabindranath Tagore, el iraní Alí Shariati y el egipcio Sayyid Qutb. Un impresionante retablo de unas élites culturales con enorme capacidad de influencia e interrelación entre ellas en unas sociedades con espacios de poder relativamente cerrados.

Lo apasionante del libro es reseguir la evolución del pensamiento en relación con los hechos. Cómo el colonialismo se impone y modifica la actitud de las élites dirigentes y cómo funciona la fascinación por la modernidad y la apelación a las fuentes tradicionales a la hora de buscar energías para el combate contra los colonizadores. Las biografías intelectuales de los protagonistas del libro están hechas de asunción de principios culturales occidentales, crítica modernizadora de las culturas propias y recuperación de valores, principios y creencias de las largas tradiciones autóctonas. Un ejercicio apasionante de «orientarse en el mundo moderno y reorientar sus mentes hacia los nuevos

problemas de identidad personal y colectiva». Mishra pone tres ejemplos: Liang Qichao defendió la tradición china, después la rechazó para volver a asumirla más tarde. Al-Afghani se movió entre la inculpación del islam por los desastres de sus países y su defensa apasionada, y Sayyid Qutb fue un ferviente nacionalista secular antes de convertirse en islamista radical.

Con todo, quizás lo más apasionante del relato de Mishra es cómo son, en buena parte, los propios instrumentos ideológicos y políticos occidentales los que permiten a estos países vencer a los imperialismos y reconstruir su papel en la historia. Sus grandes pensadores fueron pioneros en la crítica de la modernidad occidental, refutando el interés individual como motor de la vida humana a partir de las tradiciones filosóficas y espirituales del islam, del hinduismo y del confucianismo, y se adelantaron incluso a los europeos perplejos por la carnicería de la Primera Guerra Mundial en la pregunta por los límites de la fe y de la razón. Pero a la hora de la verdad, fueron los principios europeos del nacionalismo y del patriotismo los que actuaron como catalizadores para poder derrotar a los colonizadores occidentales. Y poco a poco han ido adaptando formas e instituciones del Estado-nación moderno: «unas fronteras claras, un gobierno disciplinado, una burocracia leal, un código de derechos para proteger al ciudadano, un rápido crecimiento económico a través del capitalismo industrial o el socialismo, programas de alfabetización masivos, conocimientos técnicos, y el desarrollo del sentimiento de unos orígenes comunes en el marco de una comunidad nacional». En dos décadas, a partir de 1945, surgieron cincuenta Estados nuevos.

De ahí que Pankaj Mishra hable de victorias pírricas. El resultado es un mundo cada vez más unificado en un solo sistema económico: sencillamente, dice Mishra, «hoy en día no existe ninguna respuesta convincentemente universalista a las ideas occidentales sobre política y economía, aunque

cada vez parezcan ser más febriles y peligrosamente inadecuadas en amplias regiones del mundo». En este sentido la historia que relata Mishra tiene algo de fracaso intelectual: no se pudieron construir verdaderas alternativas. «El hechizo del poder occidental [...] se ha roto», al tiempo que «la esperanza que alimenta la búsqueda de un crecimiento económico sin fin es una fantasía tan absurda y peligrosa como cualquier quimera de al-Qaeda». Pero no hay trazas de la configuración de un modelo distinto. Occidente podría perder su dominio con sus propias armas. Éste es el *impasse* civilizatorio en el que nos encontramos. La arqueología del pensamiento oriental moderno quizás sea en el fondo la genealogía de nuestro propio futuro.

JOSEP RAMONEDA

Prólogo del autor

El mundo contemporáneo empezó a asumir su forma definitiva en el transcurso de dos días de mayo de 1905, en las angostas aguas del estrecho de Tsushima. En lo que hoy en día es uno de los corredores de transporte marítimo más transitados del mundo, una pequeña flota japonesa comandada por el almirante Togo Heihachiro aniquiló la mayor parte de la Armada rusa, que había dado media vuelta al mundo para llegar al lejano Oriente. La batalla naval de Tsushima, que en opinión del káiser alemán fue la más importante desde la de Trafalgar, un siglo atrás, y que a juicio del presidente Theodore Roosevelt fue «el mayor fenómeno que ha visto el mundo en toda su historia», puso fin, a todos los efectos, a una guerra que llevaba atronando la región desde febrero de 1904, y que se libraba principalmente para decidir entre Rusia y Japón quién se hacía con el control de Corea y Manchuria. Por primera vez desde la Edad Media, un país no europeo había derrotado a una potencia europea en una guerra importante; y la noticia se propagó rápidamente por todo el mundo, un mundo al que los imperialistas occidentales –junto con la invención del telégrafo– habían conferido una estrecha interdependencia.

En Calcuta, salvaguardando la posesión más querida del Imperio Británico, el virrey de la India, lord Curzon, temió que «las reverberaciones de esa victoria se hayan propagado como un trueno a través de las susurrantes galerías de Oriente». ¹ Por una vez, el altanero y a menudo metepatas Curzon acertaba de lleno acerca del sentir de la opinión au-

tóctona, que tuvo su mejor formulación en las palabras de un abogado, a la sazón desconocido, que trabajaba en Sudáfrica, llamado Mohandas Gandhi (1869-1948), quien predicaba que «las raíces de la victoria japonesa se han extendido con tal amplitud que en este momento somos incapaces de visualizar todos los frutos que engendrará».²

En Damasco, Mustafá Kemal, un joven soldado otomano al que posteriormente todo el mundo conocería como Atatürk (1881-1938), se mostraba extasiado. Kemal, obsesionado con la idea de reformar y fortalecer el Imperio Otomano contra las amenazas de Occidente, había adoptado a Japón como modelo, al igual que muchos otros turcos, y en aquel momento se sentía vengado. A través de los periódicos de su ciudad de provincias, el joven de dieciséis años Jawaharlal Nehru (1889-1964), que más tarde sería el primer presidente del Gobierno de la India, había seguido con entusiasmo las primeras fases de la guerra de Japón contra Rusia, y había fantaseado con su propio papel en «la libertad de la India, y la liberación de Asia, de su esclavitud respecto a Europa».³ La noticia de Tsushima le llegó mientras viajaba en tren desde Dover a Harrow, su colegio privado inglés; le puso inmediatamente de «muy buen humor».⁴ Sun Yat-sen (1866-1925), el nacionalista chino, también estaba en Londres cuando se enteró de la noticia, y se mostró igualmente eufórico. Durante su travesía de regreso a China a finales de 1905, Sun recibió las felicitaciones de los trabajadores portuarios árabes del canal de Suez, porque creían que era japonés.⁵

Las especulaciones llenas de entusiasmo acerca de las implicaciones del éxito de Japón llenaban las páginas de los periódicos turcos, egipcios, vietnamitas, persas y chinos. A los niños recién nacidos en las aldeas indias les ponían nombres de almirantes japoneses. En Estados Unidos, el líder afroamericano W. E. B. Du Bois hablaba de una erupción a escala mundial del «orgullo de los pueblos de